
BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE OSMA.



NOS EL DR. D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO Y UBAGO,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostóli-
ca Obispo de Osma, etc., etc.

A NUESTRO AMADO CLERO Y FIELES DIOCESANOS.

Gloriosa d'era sunt de te, civitas Dei.

Cosas gloriosas se han dicho de tí, Ciudad de Dios.

PSALM. 86. V. 3.

Aunque no hubiese mas pruebas de la grandeza de la Iglesia y sublime misión que en la tierra cumple que la Encíclica *De la democracia cristiana* que acaba de publicar nuestro Santísimo Padre León XIII, bastaría para convencernos de ello tan admirable y precioso documento, que derrama luz clarísima sobre las inteligencias para que veamos la solución de problemas que tanto se agitan; para que los fieles conozcan y sepan distinguir entre ciertas ideas y nociones con las que tratan algunos de seducirles extraviando sus entendimientos y pervirtiendo sus corazones, y las enseñanzas de la Iglesia Católica, que son las únicas salvadoras. León XIII habla como ningún sábio, como ningún estadista, como ningún político de la tierra. Condenando una democracia, la democracia socialista, la que aparta á

los hombres de Dios, la que no reconoce que el poder viene de Dios, la que no admite el derecho de propiedad, como si todos los bienes fueran de todos, la que á los hombres solo habla de derechos, muchos de los cuales no existen ni son verdaderos, y nada de deberes; la que abusa de la libertad para convertirla en libertinaje; la que no guarda respeto á la ley ni á la autoridad, proclamando la independencia de la razón, la libertad para el mal, la insubordinación y rebeldía, el *non serviam* de Lucifer; la que cifra toda la dicha y toda la gloria en los bienes de este mundo, encomia, alaba y enaltece otra democracia, diametralmente opuesta á la primera, la democracia que se funda en la caridad, que á todos, pobres y ricos, nos hace hermanos en Cristo, mirando muy especialmente por los pequeñuelos; á todos nos enseña nuestros deberes al propio tiempo que el reconocimiento de los derechos de cada uno, que proclama muy alto el respeto á la autoridad y á la ley, diciendo también á los que imponen ésta y ejercen aquella, cómo deben conducirse y cuales son sus obligaciones; la que pone sobre la felicidad pasajera de este mundo la eterna del Cielo, la que entiende y practica bien la verdadera libertad, la democracia cristiana. Pero cuanto quisiéramos decirnos, resultaría pálido al lado de ese portentoso monumento de sabiduría divina; nada más expresivo y elocuente que la Encíclica Pontificia, en la que tanto tienen que aprender los hombres de toda clase y condición, mereciendo ser leída y meditada con profundo respeto y mucho detenimiento. Publicado ya el texto latino, se publicará la versión castellana en el próximo número de este BOLETÍN, debiendo todos levantar nuestros acentos y corazones al Cielo para dar gracias á Dios porque, debido á su infinita misericordia, somos hijos de la Iglesia católica tan sabiamente regida por nuestro inmortal Pontífice León

XIII, cuyas enseñanzas están llenas de una doctrina tan excelente y sublime como consoladora. De esa Iglesia, madre nuestra amantísima, Nos proponemos hablaros breve y sencillamente, para que, conociendo su origen, constitución y vida, la ameis y os mostreis dóciles y sumisos á sus instrucciones, leyes y mandamientos.

Jesucristo, rico en misericordias, habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin, dándoles entonces mayores pruebas de su amor.

A sus discípulos dijo que no los dejaría huérfanos, y lo cumplió, quedándose en la Iglesia, con la cual estará hasta la consumación de los siglos.

Entre los que le seguian, eligió doce, á los cuales llamó Apóstoles, dándoles la misión de enseñar y predicar á todas las gentes. Formaban una pequeña sociedad, que era la verdadera Iglesia, y dioles por cabeza y príncipe á Pedro, fundamento y piedra angular de la misma Iglesia.

Aquella reducida sociedad formada entonces por doce humildes pescadores es la misma Iglesia que hoy se encuentra extendida por todos los ámbitos del mundo. Los Obispos son los sucesores de los Apóstoles; el Romano Pontífice el sucesor de San Pedro. Primero en Jerusalem, seguidamente en toda la Judea y Samaria, despues en las naciones gentiles, los Apóstoles, que no eran políticos ni filósofos, realizaron una empresa imposible á la razón, á la ciencia y á la sabiduría humanas. Luego que hubieron recibido el Espíritu Santo, cumpliendo el encargo de su divino Maestro, predicaban la Buena Nueva é instituian Iglesias particulares, nombrándoles Obispos; pero aquellas Iglesias no eran sociedades aisladas é independientes sino que todas ellas estaban unidas entre sí y formaban una misma Iglesia, la de Cristo, hallándose sometidas á Pedro, que habia recibido el primado de honor y

jurisdicción, diciéndole su Maestro en premio de haberle confesado Dios verdadero y Dios vivo en las orillas del Tiberiades, y de la hermosa manifestación que hizo de su amor, que confirmase á sus hermanos en la fé, que apacentara á los corderos y las ovejas, á los fieles y á los Obispos.

¿Que es la Iglesia? Hablamos aqui de la Iglesia de Jesucristo, de la verdadera Iglesia, que no es ni puede ser más que una, por que una es la verdad, de la Iglesia Católica Apostólica Romana, en la que se encuentran, y solo en ella, todas las notas, prerrogativas, caracteres y dotes con los que Jesucristo adornó á su Iglesia, infiriéndose de aquí que es la de Jesucristo. Es, sirviéndonos de la definición que en el catecismo, libro precioso que nunca debemos olvidar, hemos aprendido todos, la congregación de los fieles cristianos, cuya cabeza es el Papa. Cuanto dicen y cuanto enseñan estas breves y sencillas palabras. Los católicos están unidos entre sí por la profesión de una misma fé, por la participación de los mismos Sacramentos, por la obediencia y sumisión al Romano Pontífice. *Unus Dominus, una fides, unum Baptisma* (1). Y no será triste, no será doloroso, que aquellos á quienes une el vínculo de la fé, y se proclaman y son hijos de la Iglesia, y reconocen por su Pastor y Supremo Gerarca al Romano Pontífice, muchas veces no tengan entre si caridad, y reinen en ellos lamentables discordias, y no se unan para combatir á los enemigos de la Iglesia y trabajar por el triunfo de la Religión y el reinado de Jesucristo según lo quiere su augusto Vicario en la tierra?

La Iglesia es una sociedad perfectamente constituida, en la que como en toda sociedad bien ordenada, debe haber, y realmente hay, miembros que manden y miembros que obedezcan. Existe en la Iglesia una Jerarquía divinamente instituida, en la

(1) Ephes. 4. 5.

que el Romano Pontífice, á quien todos debemos obediencia, es el primero, siguen los Obispos y después los Sacerdotes. El buen orden exige que la Autoridad sea respetada, y se mantendrá aquel firmemente, estando subordinados los simples fieles á los Sacerdotes, los Sacerdotes á los Obispos, y los Obispos al Sumo Pontífice con voluntaria obediencia. La Iglesia, que viene sosteniendo constante lucha desde su fundación y alcanzó en sus combates tantas victorias, es como un ejército bien ordenado en el cual no todos pueden ser jefes ni todos soldados, sino que ha de haber unos que manden y otros que obedezcan, segun lo que tambien sucede en toda sociedad bien organizada, como es la Iglesia. El Jefe invisible de la Iglesia es Jesucristo, de quien Vicario en la tierra es el Romano Pontífice, hoy Leon XIII, sucesor de Pedro, que recibió la plenitud de la potestad, y por ocupar su misma Silla, si Leon XIII habla, por él habla Pedro, si bendice por él bendice Pedro, si enseña por él enseña Pedro, si define por él define Pedro y si manda, por él manda Pedro. Pero tambien los Obispos han sido puestos para regir la grey que Dios les ha encomendado, bajo la obediencia del Romano Pontífice, asi como los Sacerdotes han recibido el poder espiritual que les corresponde con sumisión á los Obispos, infiriéndose de esta doctrina, que explica la constitución jerárquica de la Iglesia, que todos, Obispos, Sacerdotes y fieles debemos obedecer al Papa en lo que enseña y en lo que manda, los Sacerdotes y fieles deben obedecer á los Obispos y los fieles á los Sacerdotes.

Leon XIII, que ya en anteriores documentos, había recomendado tan encarecida y sabiamente la obediencia á los Superiores y la caridad entre todos, vuelve á insistir sobre lo mismo en su admirable Encíclica de la *Democracia cristiana*, diciendo que

«la ley de la caridad abraza á todos los hombres de todo grado como á miembros de una sola idéntica familia, como á hijos de un mismo bondadoso Padre, redimidos por el mismo Salvador y llamados á la misma eterna herencia.» Y hablando después de la obediencia, dice que ésta, para que sea perfecta, debe hacerse sinceramente y como un deber, ó sea por conciencia, como lo amonestó el Apóstol cuando dijo «Toda persona está sujeta á las potestades superiores» (1). Vienen aquí perfectamente aquellas palabras que ya el Papa S. Clemente dirigía escribiendo á los de Corinto «Considerad á los soldados que sirven á las ordenes de sus capitanes con qué puntualidad, con qué obediencia y sumisión ejecutan sus ordenes; cada uno en su rango y en su puesto, pone por obra lo mandado por el Rey ó por sus Jefes. Así vosotros obedeced al Sacerdocio, recibid con arrepentimiento la corrección, humillad vuestros corazones, aprended á ser sumisos, deponiendo toda arrogancia y soberbia.» Pues, hoy, como nunca es necesario que, unidos los verdaderos católicos, en caridad y obediencia, consagremos nuestros esfuerzos al triunfo de la fé católica. Para combatir á la Iglesia se unen sus enemigos y no perdonan medio; la tempestad ruge furiosa contra ella en nuestros días; parece haberse desencadenado todas las iras del averno, la ola de la impiedad vá subiendo y las sectas y las logias, saliendo de sus tenebrosos antros, lanzan y repiten con descaro y furor satánico el grito de guerra contra la Religión santa de Jesucristo, contra esa Religión cien veces bendita que predica la hermosa y celestial doctrina de las bienaventuranzas, que tiene por lema la verdad, la caridad y la justicia, y que no quiere más que el bien, la felicidad verdadera y la salvación de todos. Vosotros, fieles míos amadísimos, oyendo la voz del Papa, que

(1) Rom. I, 5.

es voz del Cielo, inspirados en sus enseñanzas, que son las únicas salvadoras, secundando sus deseos, que miran á vuestro bien, tened por vuestra mayor gloria el ser hijos de la Iglesia, vivir según sus máximas y prestaros obedientes y sumisos al cumplimiento de sus mandatos y las amonestaciones de vuestro Prelado y vuestros Sacerdotes, dando gracias á Dios, porque estais en la verdadera Iglesia, fuera de la cual no hay salvación.

Qué compasión inspiran todos aquellos que están fuera de la Iglesia, principalmente si habiendo vivido en ella y profesado la fé católica, extinguióse ésta en sus corazones, incurriendo en la herejía, ó se apartaron de la obediencia á la autoridad eclesiástica, viniendo al cisma. Son como estrellas errantes, como arroyos separados del rio, como ramas desgajadas del árbol, que no pueden dar frutos. A la manera que perecieron en tiempo de Noé todos aquellos que quedaron fuera del arca, también perecerán todos los que culpable y formalmente están fuera de la Iglesia. Por ella reina en la tierra Jesucristo, que si bien dijo que su reino no es de este mundo, de aquí solo se infiere que su reino no es como los del mundo, pero nó que no tenga reino y no sea Rey; lo es y tiene su Reino en la Iglesia, que es semejante al Reino de los Cielos y así se llama; un reino que sobrevive á todos los del mundo; aquel reino vaticinado por los profetas, que «se extendería de mar á mar y hasta los términos del Universo» (1) un reino que tiene por rey invisible á Jesucristo y por Jefe visible al Romano Pontífice, siendo necesario el Rey y Jefe visible, porque visible es la Iglesia, como sociedad compuesta de hombres.

La Iglesia es el verdadero puerto de salvación, y como una gran casa puesta en lo alto de una montaña, para que todos la veamos y podamos refugiar-

(1) Ps. XXI. 8.

nos en ella. Es también la Santa Ciudad de Dios en la tierra, cuyas llaves, fueron dadas á Pedro en señal de potestad, y las recibe también el Romano Pontífice, su sucesor. ¿Qué mayor dicha puede haber que ser Ciudadano de ese Reino, que habitar en esa Ciudad gloriosa, que vivir en esa bendita casa? Como San Pedro en el Tabor, podemos nosotros exclamar *Domine bonum est nos hic esse*. Señor, bueno es estarnos aquí. Hasta que vayamos al Cielo y seamos miembros de la Iglesia triunfante, bueno es estar en la Iglesia militante, que como aquella, es de Cristo; bueno es permanecer en esta Ciudad santa; bueno es habitar en este cenáculo; en la Iglesia católica. Pero no está en la Iglesia el que no está con el Papa, ni con el Papa el que no está con los Obispos en comunión con la Santa Sede. El Papa es el fundamento de la Iglesia, el pastor que gobierna el rebaño de Jesucristo, la cabeza de la Iglesia, que se asemeja á un individuo moral. Pues bien; así como el fundamento sostiene el edificio, y quitado aquel, va éste por tierra; así como el pastor guarda unidas las ovejas en el aprisco; así como la cabeza rige los miembros del cuerpo, el Papa, que es fundamento, cabeza y pastor de la Iglesia, sostiene y conserva la unidad de la misma Iglesia, y donde está el Papa, allí está la Iglesia. *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*.

Aunque la Iglesia ha sido instituida para la salvación de los hombres, no todos los que están en ella se salvan; no todos los católicos se van al Cielo; pero á todos proporciona medios idóneos y muy saludables para que logren su último fin. En ella han sido instituidos por nuestro Señor Jesucristo los Sacramentos que causan la gracia, que comunican al alma una vida sobrenatural y divina, que robustecen, confirman y fortalecen esa misma vida; que son rios abundantísimos de gracia divina, fuentes de donde saltan las aguas cristalinas y purísimas que llegan al Cielo,

canales por donde se nos trasmite y comunica la gracia. El Bautismo, primer Sacramento que recibimos, es la puerta por donde entramos en la Iglesia, y para unirse intimamente con nosotros y servirnos de alimento y manjar, dándonos su propio cuerpo y todo cuanto es, ha instituido Jesucristo otro Sacramento, que en dignidad y excelencia es el primero; la Sagrada Eucaristía. Pero aunque este sea el manjar más precioso, alimenta la Iglesia á sus hijos con otro pan, también muy sabroso, la divina palabra, y nos enseña y propone para creer verdades que han sido reveladas por el mismo Dios. La sublime misión que la Iglesia cumple en el mundo y los altos fines para que ha sido instituida, exigen que nosotros la conozcamos, teniendo medios para saber de una manera cierta cual es la verdadera Iglesia, como tenemos los motivos de credibilidad para conocer la divinidad de la Religión cristiana, que si en abstracto son cosas distintas, en concreto no pueden separarse, porque las verdades que forman la Religión son creídas por los fieles que constituyen la Iglesia.

Como la vida del alma se manifiesta en el cuerpo y la de una sociedad en sus formas exteriores, también las propiedades de la Iglesia se manifiestan en sus notas y caractéres por los cuales conocemos cual es la Iglesia de Jesucristo que no puede ser sino aquella que tenga sus notas, y no es otra que la Iglesia Romana, porque es Una, Santa, Católica, Apostólica. Tiene la unidad de fé, porque siempre y en todas partes profesó la misma, y la de Comunión; verificándose ésta entre sus hijos por la participación de los mismos Sacramentos y obediencia al Romano Pontífice; santa, como lo prueba la excelencia de su doctrina y las virtudes de sus más preclaros hijos: católica, porque tiene súbditos en todos los países del mundo; y Apostólica, ya en cuanto á sus doctrinas que son las que enseñaron los

Apóstoles, ya porque sus Obispos sucesores son de los Apóstoles y según muy particularmente lo confirma la serie no interrumpida de Romanos Pontífices que comienza en S. Pedro, llega hasta Leon XIII, y se irá continuando hasta la consumación de los siglos, como hasta el final de los tiempos existirá también la Iglesia.

Así debe ser, porque ha sido fundada para la salvación de los hombres, y Jesucristo quiere que todos los hombres se salven; así será, porque fué instituida á semejanza de la Encarnación, y como en ésta tomó el Verbo la humana naturaleza para no dejarla nunca, estará siempre Jesucristo con la Iglesia; y del mismo modo que en Jesucristo hay dos naturalezas, en la Iglesia hay dos elementos; el invisible que es el alma, á la cual pertenecen los justos por la vida sobrenatural de la gracia, y el visible que es el cuerpo, en el que se encuentran todos aquellos que no han perdido la fé.

A favor de la Iglesia, columna de la verdad, como el Apóstol la llama, están las promesas de Jesucristo, que no faltarán; según las cuales, ha de asistirle en todos los tiempos, sin que las puertas del infierno, aunque ruja éste con toda su furia, como ahora sucede, y las mas formidables borrascas se ciernan sobre ella, y sople imponente el viento de la persecución, y la herejía ó la impiedad acometan con descarado cinismo, prevalezcan jamas contra la Esposa de Cristo, hija del Cielo.

Suponian algunos, ó por lo menos aparentaban creer, que la Iglesia para estas horas no existiría. ¡Insensatos! Que equivocados son sus juicios y sus palabras. De la llaga del Cordero immaculado, que espiró sobre la Cruz, ha salido su esposa sacratísima y no consentirá el Divino Martir que desaparezca y muera la obra que le es tan cara y tanto ama. El Señor había dicho. *Si yo fuese alzado de la tierra,*

todo lo atraeré á mi mismo (1) y fué elevado en la Cruz, y arrojó fuera al príncipe de este mundo, y le auyentó lejos, destronándole y arrebatándole su imperio, y lo atrajo todo para sí mediante la Iglesia. ¿Consentirá que ésta desaparezca y que el enemigo reconquiste sus antiguos dominios? Ah, no. Quizá alguna nación por sus pecados pierda la fé y deje ésta de brillar en su horizonte. Quiera Dios que no suceda en la nuestra que tantos ha cometido; pero alumbrará otros pueblos y la Iglesia no perecerá; porque de ella canta el Salmista *Dios la fundó para siempre*. (2) A los que la combaten y se apartan de ella, podemos decirles, como S. Agustín arguyendo sabiamente contra los donatistas «¿La Iglesia no será porque tú no estás con ella?» No, no, dice San Bernardo y nosotros con él; los torrentes han venido, los vientos han soplado, y la han combatido; pero no ha caído, porque está fundada sobre la piedra y la piedra es Jesucristo.» *Petra autem erat Christus* (3). Jesucristo prometió á los Apóstoles en la noche de la cena que no les dejaría huérfanos; que rogaría á su Padre y les daría otro Consolador, para que permaneciese eternamente con ellos el Espíritu de la verdad. (4) Promesas gloriosas de las cuales se infiere la infalibilidad de la Iglesia, una de sus más bellas prerrogativas, que nadie puede negarla, porque, enseñando, como enseña, en nombre de Jesucristo, si no fueran verdaderas sus doctrinas, podría atribuirse el error al mismo Jesucristo; suponer lo cual es el absurdo de los absurdos, como lo sería tambien el que habiendo sido la Iglesia instituida para nuestra salvación, en lugar de pastos saludables nos suministrara alimentos nocivos; y esto podría

(1) Ioann. XII. 32.

(2) Psalm. XLVII, 9.

(3) 1.^a Cor. X, 4.

(4) Ioann. XIV, 16, 17.

suceder no siendo infalible, y sucedería cuando, por carecer de tan excelente dote, nos propusiera el error y la mentira para creer. No es posible que esto suceda ni sucederá, porque su divino fundador la adornó con esa excelsa prerrogativa, que debe llenarnos de santo consuelo, porque siendo la Iglesia infalible con la infalibilidad que podemos llamar activa, como Maestra para enseñar, como Juez para dirimir las controversias que se susciten acerca de la fé y como testigo para proponer las verdades que se han de creer, tenemos los católicos todos la infalibilidad pasiva, en cuanto estamos seguros de que asintiendo á las definiciones de la Iglesia y creyendo lo que nos enseña no erramos ni nos engañamos. ¡Bendito sea Dios que nos ha puesto ese faro luminoso en el camino de la vida para que conozcamos ciertamente las verdades reveladas! ¡Bendito sea Dios que asiste á su Iglesia con providencia tan amorosa y le comunica, para nuestro bien, tan fecunda y excelente vida!

Vive la Iglesia y vive de un modo sobrenatural. Vive y vivirá siempre. Levantándose han contra ella toda clase de enemigos, persiguiéndola con el hierro, con el fuego, con la palabra; poco á poco fueron desapareciendo las sectas, como desaparecerán las que hoy le hacen tan cruda guerra; pasaron los imperios, las revoluciones, cayeron muchos tronos; desaparecieron los Persas, los Asirios, los Caldeos, los Romanos; la Iglesia vive, y de su vida dan testimonio las mismas persecuciones, que se estrellaron contra esa roca inmortal, sin que la barquilla de Pedro, tan combatida por las olas, haya naufragado.

La Iglesia es obra de la providencia especial de Dios y su existencia no está sujeta á las vicisitudes de los tiempos; no es como las Instituciones meramente humanas, que hoy son y mañana desaparecen, aunque se creyeran fuertemente consolidadas. Tan-

tos millares de Mártires, que derramaron su sangre por confesar á Cristo, son el mejor argumento de la vida de la Iglesia, que, aun cuando tuvo que hacer sus jornadas, abriéndose á su paso caminos de sangre para sus hijos y sepulturas para sus víctimas, aunque le fué preciso encerrarse en las catacumbas por la cruel persecución que sufría de los Emperadores, siendo también impugnada en su dogma y en su moral, triunfó de sus adversarios, como seguirá triunfando y triunfará de los modernos, por formidables que sean, pudiendo exclamar: *Vidi impium elevatum et superexaltatum, transivi et ecce non erat* (1). Y no solamente vive la Iglesia, sino que su vida cada día se manifiesta más fecunda, propagándose á Regiones donde antes no era conocida, implantando en ellas la Cruz y adquiriendo nuevos adoradores para Jesucristo, merced al celo de sus misioneros y predicadores, que, asistidos por la gracia divina, gustosos exponen sus vidas en tan santas y gloriosas empresas para conquistar una corona inmortal. Las virtudes que practican muchos cristianos, la fé que les anima, la esperanza que les conforta, la caridad que les inflama, la santidad que les distingue y la gracia que anima y vivifica sus almas, haciéndolas Templo del Espíritu Santo, prueban así mismo la vida sobrenatural de la Iglesia, como también lo demuestra el fin para que fué fundada y los estupendos y numerosos milagros que en ella se han obrado, igualmente que sus Sacramentos y muy en especial el del Bautismo, por el que se entra en la Iglesia y regenera espiritualmente, adquiriendo el que lo recibe la primera gracia, y con la gracia una vida sobrenatural y divina.

La Iglesia, tan llena de vida, muestra su actividad prodigiosa y maternales amores en el celo que siente y la abraza por el bien y salvación de los hombres. A todas partes quiere llevar su benéfica y sal-

(1) Psal. 36-35.

vadora influencia, y de sus hijos cuida como la mejor y más cariñosa de las madres.

La Iglesia nos muestra su amor en los dolores y sufrimientos que por nosotros padece, llevando la Cruz, como su divino fundador, y subiendo á la cima del monte Calvario.

La Iglesia nos dá la vida regenerando nuestras almas por las aguas del Bautismo, fortaleciendo esa vida santa por la Confirmación, nutriéndola con el celestial manjar de la Eucaristía y curando las heridas y enfermedades espirituales por la Penitencia.

La Iglesia sufre con los que padecen y llora con los que lloran; consuela al triste, socorre á los necesitados, nos asiste en las circunstancias difíciles, y vela por nosotros en todos los momentos de la vida.

La Iglesia viene cumpliendo amorosa y sabiamente su celestial misión y la cumplirá durante los siglos; predica á los ricos y evangeliza á los pobres, en quienes tiene puestas sus miradas y ejerce su caridad maternal de un modo especialísimo, aunque á todos enseña sus deberes y traza el camino del Cielo, instruyendo las inteligencias y fortaleciendo los espíritus con una doctrina la más pura, santa y excelente.

La Iglesia, mandándonos adorar á Dios no solamente en el interior de nuestros corazones sino prescribiendo también el culto externo y público, nos proporciona en sus solemnidades los más dulces consuelos y santas alegrías.

La Iglesia que, cuando nacemos, bendice nuestra cuna y santifica nuestras almas, es también la que nos asiste en nuestras postrimerías, recogiendo los últimos suspiros de sus hijos, encomendando sus almas á Dios con fervorosas oraciones, que sigue dirigiendo aún más allá de la tumba, consolando á los vivos que lloran por sus muertos con el dogma de la existencia del Purgatorio y la eficacia y virtud

de los sufragios que se ofrecen por los que moran en aquel lugar de expiación y tormentos. Rogó por nuestros padres y rogará también por nosotros.

¡Bendita sea la Iglesia, nuestra amantísima y tierna madre! Y todavía hay quien la odia y persigue? Qué mal os ha hecho? podíamos decirles. Por qué la heris? como recientemente la han herido en nuestra pobre España con horrenda ingratitude hombres sectarios y descreídos, manifestando inicuamente sus odios contra personas religiosas y fervientes católicos. Levantamos nuestra voz para protestar enérgicamente contra tan lamentables y antireligiosos hechos que afligen y contristan profundamente el corazón. Nada ocurrió en nuestra cristiana y amadísima Diócesis, lo cual Nos congratula altamente; pero sentimos y deploramos amargamente lo que ocurrió en otras partes, con ofensa gravísima á Dios nuestro Señor, y faltando á la Religión, á la fé, á la justicia, al patriotismo, á la razón y á la verdadera libertad.

Vosotros, fieles amadísimos, mostraos siempre hijos obedientes y sumisos de la Iglesia Católica, única nave salvadora, agradeciendo sus bondades, creyendo firmemente lo que define y enseña, practicando sus máximas, y cumpliendo sus mandatos.

Amemos mucho á la Iglesia; velemos, principalmente los Sacerdotes, sobre los muros de la Santa Jerusalen para defenderla de los enemigos que la amenazan y persiguen; y, llenos todos de católico fervor y entusiasmo, digámosla lo que decía San Bernardo, considerando á la Iglesia como Madre. «Salve, Ciudad Santa, Ciudad del gran Rey, Señora de las gentes, Princesa de las Provincias, Posesión de los Patriarcas, Madre de los Profetas y Apóstoles, gloria del pueblo cristiano y tierra de promisión que, en vez de leche y miel, produces para el mundo remedios de salud y alimentos de vida; Grandes cosas se dicen de tí, Oh Ciudad de Dios.»

Que el espíritu de la Iglesia, Venerables Hermanos y amados hijos, nos anime á todos en la vida y que nuestra muerte sea en el ósculo del Señor, para que después y por eternidad de eternidades cantemos las misericordias divinas en la celestial Iglesia triunfante, es lo que incesantemente pedimos á Dios y de todo nuestro corazón os deseamos, bendiciéndoos con el mayor afecto en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo.

Dada en Nuestro Palacio Episcopal de El Burgo de Osma á veintisiete de Febrero de mil novecientos uno.

† JOSÉ MARÍA, Obispo de Osma.



*Por mandado de S. S. Ilma. y Rvma.,
el Obispo, mi Señor,
DR. MANUEL MARÍA VIDAL,
Canónigo Secretario.*

Léase esta PASTORAL en la forma de costumbre.

NECROLOGÍA.

El día 21 de los corrientes falleció á la edad de 58 años, D. Luis Garcés y Martínez, Párroco de Torlengua, que pertenecía á la Hermandad Diocesana de Sufragios.

R. I. P.

Burgo de Osma.—Imp. de Francisco Jiménez.